

SÁNCHEZ MEJÍAS

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

Año II

Núm. 10



SÁNCHEZ MEJÍAS

Relación documentada, por
J. SÁNCHEZ MORENO

Precio: 30 céntimos

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - BARCELONA - Teléfono 958 G

Año II

Núm. 10

Ediciones "Biblioteca Films"



IGNACIO
Sánchez Mejías

"Vencedor de la muerte"

Relación documentada
por

J. SÁNCHEZ MORENO

CON ESTE NÚMERO SE REGALA UNA
POSTAL DE IGNACIO SÁNCHEZ MEJÍAS

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Ignacio Sánchez Mejías

"Vencedor de la muerte"

PORTICO

Dentro de la mascarada taurina integrada por estilistas, toreros fáciles, niños precoces, fríos de cuello y otros tópicos servidos como envoltorio de la mercancía, denominada cobardía, se destaca pujante, airoso y gallardo el torero guardador del prestigio de la fiesta de la raza, tan decaída en manos de esos muchos que no sabemos de dónde vienen, pero sí a dónde van a ir. No es otro el guardador que Ignacio Sánchez Mejía, torero hecho a golpes de adversidades, de cornadas graves, de fija y obstinada oposición del público y de nebulosa crítica de Prensa, camino tortuoso pisado por Ignacio con fortaleza de alma y voluntad de vencedor. Con todo en contra ha llegado al pináculo.

Dicen que tiene ambición y voluntad, los que no pueden negar la claridad meridiana de su afición y su valor. Afición porque torea a pesar de sus cerca de tres millones de pesetas, y valor porque da cuanto tiene de torero, que es mucho, cuando sale a los ruedos. En una tarde en que no pudo torear a un

toro por sus malas condiciones, yo le he visto entrar a matar tres veces, poniendo al cornúpeto adrede en las tablas, con la salida por éstas, exponiéndose, no a una, sino a tres cornadas. No podía hacer otra cosa y violentó la suerte de matar para vencerla, como es su típico toreo. Dirán ustedes que esto lo hace un suicida, y yo les contesto: en efecto, lo hace, ¿pero sale bien de su temerosa hazaña? Nunca. Hay que unir al valor el arte y el dominio.

Banderillero se puede asegurar que es el único. Los pares llamados a la mariposa son de tan intensa emotividad, sugestionan de un modo, que el público, silencioso, en aquellos instantes al ver a Ignacio salir limpio de la suerte, después de haberlo visto colgado de los pitones, lo aclama, pero no con el ruido estruendoso de los aplausos, sino uniendo a éstos el vociferar como locos extraviados en el camino de la muerte trazado tan recto por la voluntad de Sánchez Mejía y desviado por el arte inconfundible del gran banderillero. ¿Y en los medios? ¿Y al sesgo? En todos los terrenos, en todos los toros y en todas las suertes es eficaz, dominador, seguro y emocionante; un banderillero formidable que le hizo apretar a "Joselito" a pesar de ser quién fué.

Con la muleta empieza la faena sentado en el estribo, con una tranquilidad pasmosa, dando a veces varios pases tan peligrosos como inverosímil es no verle salir empitonado. De rodillas pasa con una suavidad y un mando de

absoluto valor, y de pies obliga, torea con una elegancia sobria y con una eficacia plena de sabiduría torera.

Matando es certero, no tiene un gran estilo de matador, pero es breve, coronando de esta guisa sus grandes faenas y sus enormes tardes completas por dominar en todos los tercios de la lidia.

Dicho en un pequeño bosquejo, esto es todo lo que puede alegar el inmenso torero, de más vergüenza profesional que ha pisado la arena, en contra de las diatribas de sus apasionados enemigos.

Y también hay que decir que esto lo ha hecho en el apogeo de Joselito y Belmonte, quienes opinaban así de Sánchez Mejía:

—Para torear así, va a tener que hacerse un pecho de bronce y una barriga de hojadelata—dijo Gallito.

Y Juan, cuando le preguntaban por el toreo de Ignacio, decía:

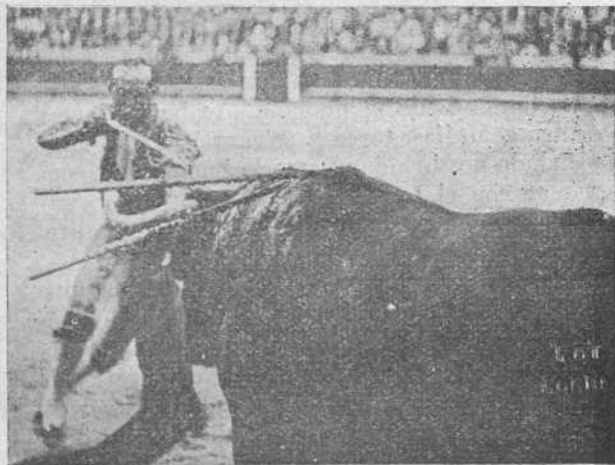
—Es una cosa muy seria.

Ignacio Sánchez Mejía es el vencedor de la muerte, no en un caso de necesidad, de heroísmo, sino como una alegre diversión de jugar con la vida.

NOS RECIBE EL DIESTRO

En un suntuoso hotel de las Ramblas se hospeda Ignacio Sánchez Mejía, prestigiosa figura de la tauromaquia, al margen de las lla-

madas de primera fila, que con su cuñado Rafael y Juan Belmonte, constituyen el triunvirato del toreo serio, de desplantes, de gallardías, de eficacia, de arte. Es como una sociedad en defensa del sabor torero, de la gracia



Sánchez Mejías tirándose a matar en la propia cuna.

Foto Mateo

y de la valentía, afianzando lo que con ellos queda de grande en el arte de lidiar reses bravas, de la fiesta nacional algo decadente por el error del público al mostrar su complacencia en pinturerías hechas a cabeza pasada y retorcimientos *barrigueros*....

Una mañana de día laborable (que se hace festivo por el solo anuncio de una corrida de

postín), la aparición del Gallo y el cartel que tiene Ignacio, hacen fiesta en la industriosa ciudad condal, y hasta el sol, esquivo en la primavera, disfrazada de invierno, pega fuerte en holocausto al festejo, como si también supiese de nombres y de mérito.

Nuestros deseos de complacer la curiosidad de los lectores, nos hace en la mayoría de los casos, poco oportunos; y este es uno de ellos. Son las once de la mañana. Acaba de llegar Sánchez Mejías, torea y se marcha, y la hora señalada nos brinda el creerla buena para conversar con el torero.

Pasado el aviso de nuestra visita se apresura el diestro a recibirnos.

Pasamos a la habitación, lujosa, de gusto inglés, donde Conde, el mozo de estoques, se halla colocando ropa en las sillas, ocupándolas todas; aquí el capote de paseo, orfebrería de seda grana y oro; allá el traje de luces, oro y seda, color tórtola; en otro lado la camisa de torear; y así, en otras, el traje de calle, la camisa, corbatas, cuellos, puños, pañuelos, toda esa zarabanda de objetos que componen la figura arrogante y deslumbradora del torero y la elegancia del hombre.

A nuestra entrada nos dice el mozo que esperemos un momento. Este es tan breve, que Ignacio aparece en seguida en traje de boxeador, adelantándose a saludarnos.

—¿Estaba usted descansando del viaje?—le decimos.

—No. Terminaba el baño,

—Aunque sea una impertinencia en estos momentos molestarle, nos permitirá usted una charla.

—Usted no molesta; al contrario, tengo mucho gusto en someterme a sus preguntas; encuentro bien esta publicación de LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO.

Mientras se vestía, ayudado de Conde, transcurrió el diálogo anterior, que continúa a instancia suya, acomodándose en un butacón, único mueble que escapó de la invasión de ropas colocadas por su mozo de estoques.

Y EL TORERO DICE ASI...

Su figura arrogante de señorío se acomoda en la butaca. La frente despejada del diestro señala los rasgos característicos de la voluntad en ese esfuerzo, tantas veces practicado por él, de pensar y vencer, quedando como grato recuerdo su tenue sonrisa de satisfacción, poco destacable en su rostro serio, de una seriedad de caballero, sin adustez ni altanería.

Empezamos nosotros:

—¿Dónde vió usted la “incandescente” por vez primera?

—En Sevilla.

—Cuna de buenos toreros.

—En efecto; allí se ha dado mucho, y de lo mucho lo mejor.

Recogemos la alusión al que unió a él en el riesgo de la profesión y en el seno de la familia.

—¿Fué su entrada al mundo en el año..?

—Mil ochocientos noventa y uno.

—¿Cuándo empezó su afición al torco?

—De chaval, en cuanto me di cuenta de que existía.

—¿Usted no quiso ser torero impulsado por el egoísmo, acuciado por el malestar económico de su familia, como tantos otros?

—Soy torero porque me gustó, por afición, sin egoísmo, por propio instinto, no habiendo influido en mí el “más cornás da el hambre”, de Espartero. Mi familia tenía una posición bastante desahogada, tanto que mi padre, doctor en Medicina, poseía fincas en las afueras de Sevilla, donde yo iba y sacaba a los bueyes, dedicados a la labor agrícola, para torearlos.

—¿Conseguía su propósito?

—Algúnas veces, sí, a fuerza de martirizarlos para que embistieran, pero otras no pegaban más que coces.

—¿Su familia se enteraba de sus proezas?

—¡Calcule usted! Siempre había alguien que les diera el bocinazo, pagándome las proezas, como usted dice, con castigos. Mi padre quería encauzar mi vida en los estudios de una carrera.

—¿Cuál?

—La de Medicina. Estudié y aprobé el bachillerato y parte de las asignaturas de la ca-

rrera de galeno, pero no me tiraban a mí los libros, en el sentido de ejercer la carrera, pues como ilustración me gustaba y era aplicado, consiguiendo buenas notas, pero a mí me alegraba más que me dijeran que toreaba bien.

—¿Dónde actuó por primera vez?

—En la Alameda de Hércules.

—¿En la calle!

—¡Dábamos cada espectáculo! Organizábamos entre los chavales unas excelentes corridas, escogiendo el ganao entre los amigos más bravos, para que pudiéramos torearlos con más veracidad de peligro. Por cierto que en aquellos juegos alterné por primera vez con el infortunado “Joselito”.

—¿Se insinuaba en él lo que iba a ser, en sus ensayos toreriles?

—¡Era el mejor, como lo fué después! Precoz en su toreo y en su seriedad.

—¿Toreó usted durante esa época?

—Mi familia no me dejaba, y yo *empeñao* en ser torero, dejé los libros y me marché a Méjico en compañía de mi hoy coneuñao Enrique Ortega “Cuco”.

UN VIAJE PINTORESCO

—¿Cómo se le ocurrió hacer un viaje tan largo?

—Para cortar la obstinada oposición de los míos.

—¿Su padre le daría para el pasaje, creyendo que iría usted a conquistar un bienestar en la vida sin recurrir al toreo?

—Mi padre no me dió nada; yo huí de mi casa y me colé en el pasaje, sin billete.

Hasta en esto Ignacio desafió el peligro con su audacia al igual que hace actualmente con los toros. En su época, es bien notorio que los aspirantes a astros coletudos viajaban en los trenes sin billete, librando con viveza los mil incidentes que salen al paso de esta estratagemma y cayendo algunos como víctimas adelantadas en el riesgo del arte, que empezaba en los viajes, en busca del penoso principio de las capeas, con el anhelo de llegar a pisar los ruedos, soñando en la salida en hombros, como una recompensa a estos viajes y otros caminando kilómetros y kilómetros.

—Al descubrirlos, ¿qué pasó?

—Pues que nos hicieron trabajar a bordo, y no lo pasamos mal del todo, hasta Nueva York.

—¿Allí los desembarcaron quizás?

—No, señor; allí lo que había era un aviso de que unos anarquistas iban en el barco.

—Tratándose de anarquistas, caería la noticia como una bomba.

—Figúrese. Como una bomba que hizo explosión en el magín del capitán.

Entre los pasajeros—prosigue—de hecho y de derecho, o sea los que pagaban, no estaban los facinerosos; por lo tanto, tenían que estar entre los que viajábamos de “polizón”.

—Ustedes con sus documentos evitarían el error.

—¡Qué documentos!—dice asombrado Sánchez Mejías—. ¡No llevábamos más papeles que los de fumar!

Nos cogieron a todos y nos metieron en la barra hasta Veracruz, que pagaron mi viaje y respondieron de mi personalidad. Gracias que no se nos ocurrió dar nombres supuestos, ante el temor de que nos enviaran con nuestras familias respectivas, que si lo hacemos nos lucimos.

—¿En qué vapor hicieron el viaje?

—En el "Manuel Calvo", por cierto que he repetido el viaje en mis campañas invernales en América, viajando en el mismo barco de mi primer viaje.

—Ahora en primera, como es lógico.

—Sí, e incluso el último viaje lo hice en la cámara del capitán, cedida galantemente por él.

Cima sin ambición de escalar en el pintoresco viaje, dentro de sus sueños locos de juventud, de penosas realidades.

—¿A pesar de las contrariedades, en aquellos tiempos no se hubiese cambiado por nadie? ¿Ni por un millonario?

—Ni eso, únicamente, por lo que soy.

—¡Un gran torero!—asentimos nosotros.



Fantástico pase de cabeza a rabo en las tablas,
especialidad de Sánchez Mejías.

ALLENDE LOS MARES

—Ya en Méjico, ¿qué hizo?

—En compañía de mi hermano Aurelio, por entonces representante de los ganaderos españoles, viví en el campo, entrenándome, hasta que salí de banderillero, actuando más tarde de matador de novillos.

—¿Pasó mucho tiempo allí?

—Dos temporadas. A mi regreso a España formé parte de la cuadrilla de Fermín Muñoz “Corechaíto”, como banderillero, volviendo a Méjico con él, en la campaña de mil novecientos doce al mil novecientos trece.

—El diez y seis de marzo del trece toreó usted otra vez de matador, ¿no es cierto?

—Sí; el cordobés “Rerre” mató cuatro toros y yo dos novillos.

—“Dulzuras” en *Toros y Toreros en 1912* señala el hecho como un éxito.

—Cierto; fuí muy aplaudido.

—Al terminar la temporada taurina, ¿regresó a la península?

—Con “Corechaíto”, pasando después a la cuadrilla de Rafael González “Machaquito”.

SU DEBUT DE NOVILLERO

—¿Cuándo decidió dedicarse a matador de novillos?

—Al final de la temporada del año mil no-

vecientos trece, el día siete de septiembre, en la plaza de Madrid, alternando con Luis Suárez "Magritas", que también cambiaba los paños por el estoque, y "Larita", con ganado de Villalón.

—Al día siguiente se presentaron ustedes en Barcelona, lidiando ganado de Gallardo, en compañía de Valencia.

—¡Es verdad!

—Por cierto que fué un éxito. El viejo revistero Franqueza dijo:

"Conoce el empleo del capote en todas sus manifestaciones, y banderilleando llega bien y con valentía a la cara, y levanta y mete muy bien los brazos.

"Con la muleta está valiente, hasta pisar el terreno del toro, y la maneja con mucha soltura, sabiendo buscar el efecto del adorno.

"En su segundo se le ovacionó al morder el polvo el animal, después de una sangría y un sopapo hasta la gamuza."

LAS CORNADAS

—¿Cuál fué su primer percance?

—El día de presentación en mi tierra, veintuno del mes de junio de mil novecientos catorce, con "Alcalareño".

—Cuentan que estuvo usted muy valiente aquella tarde.

—Era una tarde llena de ilusiones, muy es-

perada por la afición y por mí, así es que puse de mi parte cuanto pude.

—Le cogió al matar su primer toro de Carvajal.

—Le pinché dos veces y a la tercera me agarró.

—Le pegó fuerte y, según dicen, fué por no jugar bien su mano izquierda.

—Eso son cuentos, me dieron la *corná* porque las *cornás* son para los toreros y no para los obispos. ¡Y que fué buena! La más grande que he tenido, me rompió el recto interno, las dos femorales, sacándome fuera el paquete vascular.

—¿Después de esto siguió matando?

—¡El tiempo! Me fuí de banderillero con Castor Ibarra “Cocherito de Bilbao”, y después con “Machaquito”, Belmonte, “Joselito” y “El Gallo”.

—¿Dejó usted de matar por miedo.

—Cuando volví a los toros no tendría miedo; dejé de matar por el estado físico en que quedé de la terrible *corná*.

—¿No tiene ninguna otra tristemente fecha que señalar por este concepto?

—Tan graves como la de Sevilla no he tenido ninguna, pero de importancia tengo en mi cuerpo diez y nueve. El año que estuve más *castigao* por los toros fué el mil novecientos diez y nueve, el primero de matador de toros; recuerdo que cuando no salía a torear con una herida abierta, llevaba dos.

—¡Buena prueba de valentía!

VUELTA DE LOS PALOS A LA ESPADA

—Sus enemigos creen debe su encumbramiento a su boda con la hermana de los “Gallos”, por la protección que éstos le debían de hacer.

—No hay nada de eso; cuando me casé seguí de banderillero en la cuadrilla que iba; no pasando a la de Rafael ni a la de José, sino después de mucho tiempo, y a requerimientos de ellos, quebrantando los prejuicios míos, de no estar a su lado para evitar las habladurías de la protección. ¡Mucho les costó el vencer mis escrúpulos!

—¿En qué fecha determinó volver a matar?

—El día diez y ocho de agosto de mil novecientos diez y ocho, me presenté como matador en la plaza Monumental de Sevilla, constituyendo la terna “Varelito” y Domingo Uriarte, con bichos de Félix Moreno Ardanuy.

—¿Estuvo bien aquella tarde?

—Tuve una buena tarde. En la última intentona puse toda mi voluntad y mi valentía, y día tras día he seguido hasta hoy.

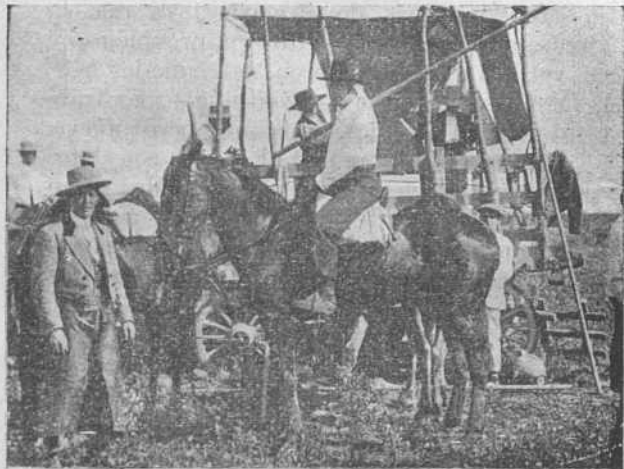
—Se habló de su alternativa ese año, y que se la daba su cuñado Rafael.

—Estaba acordado, pero un toro de Darnaude, en Ecija, opinó lo contrario, dándome una *corná* grave,

SE DOCTORA EN BARCELONA

—¿Para cuándo se aplazó la alternativa?

—Al año siguiente, el diez y seis de Marzo, la tomé de manos de “Joselito”, en la plaza



En una tienda dedicada al célebre Sánchez Mejías.

Monumental de Barcelona con Belmonte, lidiándose toros de Vicente Martínez.

—Recuerdo que ya se consolidó su fama de primera figura.

—Como que firmé noventa y cinco corridas, de las que perdí treinta y ocho por cogidas de importancia.

—¿Confirmó la alternativa en Madrid en el diez y ocho?

—No; al año siguiente, el cinco de abril, con cornúpetos de Vicente Martínez, cediéndome el primer toro el pobre José, alternando con nosotros Juan Belmonte y "Varelito".

—¿Habría ganas en Madrid de verle?

—Tenían ganas de juzgarme, ya que la Prensa proclamó mis éxitos en provincias, y en verdad que no salieron defraudados.

Después, el veinte — continúa —, contraté ciento cuatro corridas, de las que perdí nueve.

¿Para qué molestar más al diestro con datos estadísticos si en la memoria de todos están sus triunfos recientes y actuales?

Descansamos unos instantes, fumando unos cigarrillos y proseguimos en el interrogatorio.

ENTRE LAS TARDES DE EXITO...

Pensamos hacerle a Sánchez Mejía una pregunta cuya contestación la sabemos de antemano.

—¿Guarda recuerdo de tardes...?

—La tristemente célebre de la cogida y muerte de José. Eso no se puede borrar de mi vida, ¡porque se perdió tanto en un instante!

—Mi intención esquivaba el hablar de la tragedia, pero es imposible conversar de la fiesta nacional sin mentar al coloso de la tauromaquia, "Joselito Maravilla", "Joselito El

Sabio", maravilla de arte y sabiduría de tecnicismo.

—Tiene razón, no se puede hablar de toros sin hablar de él.

—¡Cómo se le combatía y cómo lloran hoy su falta incluso los mismos que le querían restar méritos con insidias cobardes!

—Todas las glorias son combatidas por los que anhelan alcanzarla, entre los que hay buenos y malos, quienes empujan al ídolo para que suba más y quienes le tiran para hacerle rodar hacia abajo los peldaños conseguidos.

Ya que hemos caído en el abismo de tristeza de su dolor, nos permitimos unas preguntas relacionadas con el trágico fin del más grande lidiador de reses bravas.

—¿Es cierto, como afirmaron, iban ustedes de juerga a torear a Talavera, quizás por exceso de confianza en sus facultades?

—No, señor. "Joselito" no era el torero juerguista, alegre, dicharachero y pretencioso, quizás pecara de todo lo contrario: serio, formal, juicioso, sus palabras, que no prodigaba, eran sentencias, filosofía, intuición de la vida que conocía a los pocos años.

—Entonces, ¿puede culparse la cogida a un descuido?

—Tampoco. Tenía aquella tarde un decaimiento de ánimo augurador de la muerte, presentimientos, contrariedades amorosas, qué sé yo.

—A propósito de las contrariedades amorosas, se dijo que estaba enamorado de la hija

del ganadero don Felipe de Pablo Romero, ella le quería y la familia se oponía tenazmente a los amores.

—Había algo, indudablemente; pero no sé si era esta señorita. José era muy *reservado* y muy caballero; no comunicaba sus intimidades a nadie.

—Se recordaba que una tarde de primavera, en la mesa, junto a la ventana del Café Nacional de Sevilla, se hallaban dos hombres: “Joselito” y su mozo de estoques, hablando de los amores, que no podía lograr el que en la vida lo logró todo. A los ojos del torero apareció como un reflejo de tristeza la humedad de unas lágrimas que no llegaron a brotar por la férrea voluntad del hombre, conteniéndolas ante los ojos de su mozo. Cortó rápido la conversación diciéndole: “¡Ea, vámonos!... Y no ze te ocurra en jamá de tu vía decí que me viste llorá...”

Cuando lo vió llorar—seguimos nosotros—fué al entrar en la enfermería la tarde fatal; sólo dos lágrimas que quizás fueran las que contuvo aquella tarde por el cariño de una mujer.

El relato emociona a Ignacio, testigo presencial del *crimen* de “Bailaor”.

—Ya le digo que no sé nada. Vi todo el horrible desmoronamiento de una vida de gloria, y crea usted que hay momento en que no creo que haya pasado, se me figura un sueño, tal era la confianza puesta en él como torero,

que toda la afición dudaba fuese realidad la tragedia.

—La única que acertó fué una neoyorquina (según afirma el gran estilista Pérez de Ayala) que profetizó la muerte de José en la forma ocurrida, a lo que contestó el escritor, afirmando que poseía unas facultades y conocimientos extraordinarios, contestando ella: “precisamente por eso: porque la confianza de su dominio de los toros, le hará despreocuparse y tener un descuido”.

—Ahora hablemos de otras tardes-cumbres de su profesión.

—Recuerdo la corrida patriótica en Madrid el año mil novecientos veintidós, tarde de verdadero apoteosis; corté una oreja y salí en hombros. Actuaban también Rafael, Belmonte, el desgraciado Granero, Chicuelo y La Rosa.

—¿Otras?

—En Santander, el año pasado, tuve una gran tarde de torero. Y en Méjico cuento con muchas de íntima satisfacción.

Ignacio sonríe recordando sus triunfos que le halagan como torero vencedor de la muerte en su arriesgado modo de torear.

LOS PUBLICOS

—Usted, persona inteligente, nos podrá dar una opinión psicológica de los públicos. ¿Cuál cree más inteligente en toros?

—¡Sevilla! Allí se vive la vida del torero,

del toro, se discute, se aprecia lo bueno, sabiendo por qué es bueno, y se detesta lo malo, sabiendo el porqué.

—¿Se tiene un conocimiento exacto?

—Cierto. El aficionado (que es toda Sevilla) sabe cómo se realizan las suertes y muchos las practican con la toalla al lavarse.

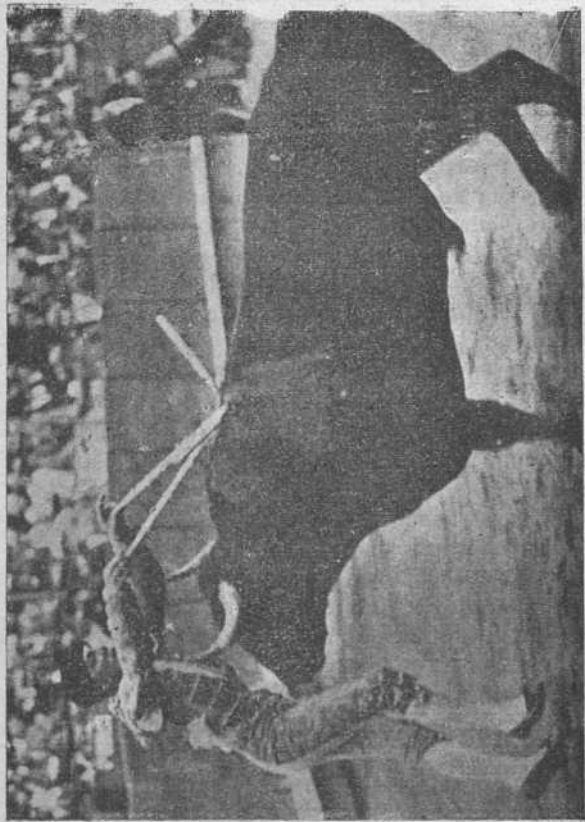
—El público de Madrid sanciona astros, y también quiere ser como el vistobueno de las famas.

—El público de la Corte no es inteligente en toros. Ocurre que existe un núcleo de buenos aficionados, que son los menos, y el resto, que son los más, tienen la pretensión de dar y quitar a los toreros para demostrar de esta manera que ellos saben y entienden, haciendo verdaderos atropellos para consolidar su criterio absurdo, fuera de razones, pero con la razón de querer saber más que nadie.

—Desde la cumbre de su puesto, ganado en buena lid, ¿juzga usted imparcialmente?

—Con hechos. El día anterior a la muerte de José, toreamos en Madrid, con Belmonte, ganado de Garvey y Salas, y porque los toros eran flojos de los cuartos traseros, al recortarlos se caían, motivo suficiente para que el público la emprendiera con nosotros, insultando a José y tirándole incluso un almohadillazo en la cabeza. Si eso han hecho con el mejor torero de todos los tiempos, dígame usted que no harán con los demás.

A Juan Belmonte—continúa Mejías—lo han *abroncao* sin causa justificada. A Camero, el



Un buen cuarteo en las tablas.

Foto Mareo

mejor picador de toros, no le han dejado ahor-marle la cabeza a un toro, por puro capricho. En fin, de hechos de esta clase podría dar mu-chos que me reservo.

—Quizás ocurra esto por lo que en sí lleva de brutal la fiesta taurina.

—No lo creo; en todos los órdenes quieren ser más papistas que el Papa. A lo mejor sa-le un señor indocumentado censurando la la-bor de Benavente con el sólo objeto de que le crean más intelectual que el gran drama-turgo.

—Es cierto. A D. Jacinto se le ha combati-do mucho.

—Quieren presumir de saber sin haber aprendido, y presumen, como pueden, de ma-la manera, atropellándolo todo para quedar por encima de lo que ellos tiran injustificada-mente.

—¿Y los demás públicos?

—En todos sitios hay quien entiende y quien no, pero estos últimos se someten cuerdamen-te aprobando los juicios de los entendidos, se-ñalando su ignorancia no deshonrosa si se con-fiesa noblemente, pues es lógico que no todo el público tiene que ser competente en la ma-teria que se desarrolla en los espectáculos.

—Esos consejos del público al torero, por ejemplo, que mate el toro o no lo mate, cuan-do lo pasa de muleta, tienen mucha gracia.

—Como si el torero no supiese cuándo el toro admite una faena corta, por su agota-

miento, o larga por su poder que hay necesidad de vencer con la franela.

—Se torea más desde los tendidos que en el ruedo—argüimos nosotros.

—¡Es más fácil criticar que hacer las cosas!—termina Sánchez Mejías.

LOS AMORES DEL TORERO

—¿Recibe usted cartas de admiradoras?

—Siempre hay alguna histérica dispuesta a perder el tiempo.

—¿Y no les hace caso?

—Ya le he dicho que dispuesta a perder el tiempo.

—¿Ni las contesta?

—No, señor; cuando recibo alguna se la doy al mozo de estoques.

Conde ríe la humorada del maestro, y le interrogamos:

—¿Usted qué hace con las cartas, Conde?

—Yo, ¿qué quiere usted que haga con las cartas? Jugar.

—Sin embargo, se ha dicho que usted—advertimos a Sánchez Mejías—ha tenido amoríos con una artista de voz diminutamente argentina. ¿Es cierto?

—Chismorreos. Líos que le buscan a uno. La popularidad de mujeres de teatro y toreros siempre quiere el público unirlas. En mí no existen más amores que mi mujer y mis hijos, hogar tranquilo y lleno de felicidad, des-

canso del ajeteo propio del ejercicio de la profesión, al que vuelvo después de las corridas, dando alegría a los míos, compensadora de las penas de mis ausencias.

—El público maneja sus ídolos a su gusto, llegando a profanar lo más íntimo de ellos.

—Pero no piensa que el ídolo tiene bastantes aventuras con su vida artística y bastante amor con su arte y su familia.

—¿Qué edad tienen los chicos?

—El niño ocho años y la niña siete.

—Por cierto—continúa—que el chico es muy severo conmigo. Una vez, en Córdoba, fuí herido; primera corrida que toreaba después de otra *corná* en Sevilla. Queriendo evitar alarmas a la familia, llegué a Sevilla, y por mi pie entré en mi casa, apoyado en dos amigos. Mi hijo, que tenía tres años, vino hacia mí contento, como me recibe siempre, en espera de los recuerdos que le llevo cada vez que salgo de viaje. Al acercarse me vió un manchón de sangre que manaba de la herida, y medio acongojado y en tono de reproche me dijo: “—Pero, papaito, ¿otra *corná*?”

Nos emociona la agrídulee anécdota y pensamos si no se repetirá el hecho con cambio de papeles.

—¿El chico siente entusiasmo y afición por la profesión de usted?

Ignacio sonríe como confesando la verdad afirmativa.

Nacido en Sevilla, la madre de raza de lidiadores célebres, y el padre torero sería la

excepción que el pequeño tuviera otras inclinaciones. Dejaremos al tiempo contestar a una pregunta en la que Ignacio no sabe contestar por la lucha interna entre el padre y el torero, en que vencería el primero seguramente.

—De los deportes, ¿cuál es su predilecto?

—El polo.

—¿A la aviación es usted aficionado?

—Me gusta por lo práctica, y la utilizo siempre que puedo.

EL DIESTRO ESCRITOR

—¿Ha dejado de publicar sus crónicas taurinas?

—Por ahora sí, por la falta material de tiempo. La crítica taurina tiene que ser hecha acabada la corrida y en ese momento es más atractivo para mí el descanso.

—¿Cuándo publicará su novela?

—No sé, la voy escribiendo a ratos, y son tan pocos de los que dispongo.

—¿Es una autobiografía?

—Nada de eso; es una novela con el protagonista torero, como tantas otras. Con tanto elemento como hay en España, no se ha escrito mucho sobre el tema taurino. Fuera de López Pinillo, Blasco Ibáñez, Arturo Reyes, Héctor Abreu, Alberto Insúa, Palacios Valdés y Pérez Lugín, se ha hecho poco estimable.

—Algunos de los autores nombrados han explorado poco el ambiente, ¿verdad?

—Es cierto, se han sometido más a su imaginación que al estudio, falta lamentable en tan buenos autores.

—¿Su libro sería más competente?

—Ese es el único valor que llevará—replica modestamente Ignacio.

Por nuestra conversación sabemos que Ignacio dará pronto una agradable sorpresa al público con algo definitivo, salido de su pluma.

Sinceramente le deseamos un éxito franco que constituya el primer paso de un camino a seguir.

—Sus aficiones literarias—le decimos—encauzarán sus actividades cuando se retire y seguirá sosteniendo su popular nombre con las letras, pues el éxito de venta está descontado.

—Ya veremos cómo lo recibe el público y lo que yo puedo dar como escritor.

—Los ensayos han sido halagüeños.

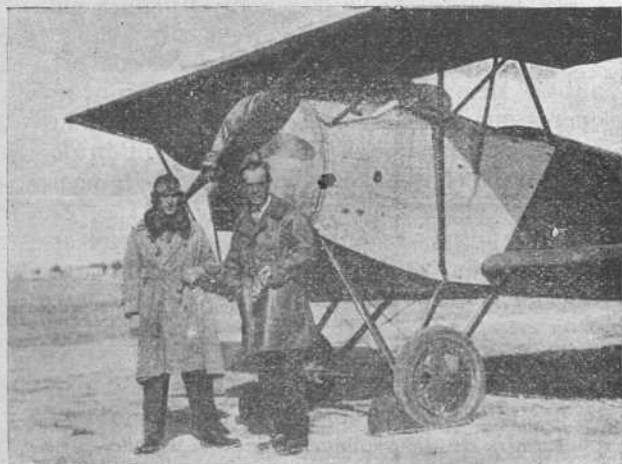
LA MODIFICACION DE LA SUERTE DE VARAS

Aprovechando la actualidad del proyecto de reforma del primer tercio de la lidia, pedimos a Sánchez Mejías su opinión autorizada.

—No soy enemigo—nos replica—de la modificación de la suerte de varas, pero creo que no es oportuno el momento, por creer que lo primero es domificar o suprimir las guerras, sobre todo la de Marruecos, acabar con los ga-

ses asfixiantes, modificar el brutal boxeo, evitar la caza.

—Más humano es esto que lo de los caballos, imprescindible en el torneo que tiene más arte, vistosidad ,alegría y emoción.



Sánchez Mejías «as» de los diestros y de la aviación.

—¿Cree usted natural que defiendan al caballo y cacen a la codorniz con reclamo, a los gorriones con cepe y a las liebres a tiros?

—¡El egoísmo del hombre, que caza y pesca para llenar su estómago!

—Justo. El toro es un animal y nadie lo defiende porque condimenta jugosamente el estofado,

Nosotros — sigue Sánchez Mejías — seremos los primeros en dar facilidades para la reforma, cuando se empiece a modificar lo que le he indicado, que es más importante que un toro coja a un caballo.

—¿Qué reforma ve buena en el primer tercio de la lidia?

—Retrotraer la suerte de varas a sus primitivos tiempos. Hoy son bien contados los piqueros que saben *andarles* al toro, dándole los pechos del caballo, en línea recta al pitón derecho del toro con el estribo derecho de la montura.

Picando así—razona Ignacio—puede recargar con más facilidad, sacando el caballo por la izquierda y echar el toro por el lado derecho.

—¿Y si el toro es codicioso?

—Puede cornear al animal, pero en su parte delantera, ahorrándonos el repugnante espectáculo de las cornadas en el vientre que vacían al caballo.

—¿El peto lo considera usted eficaz?

—Previene, pero no evita.

—El que se usa en Francia, ¿no se podría adoptar en España?

—No es, ni aproximadamente, una cosa definitiva para salvar al caballo.

—¿Y el que inventó “Minuto”?

—No inventó nada, pues ya se usaba en el campo de Andalucía, en los tentaderos.

—¿Qué me dice de la opinión de Cañero?

—Que no es estimable por ser interesada.

—¿No cree bueno ningún peto de los que se usan ahora?

—No. Lo mejor sería hacer un concurso de petos para adoptar el más aceptable.

Llegan algunos individuos de su cuadrilla, y con ansiedad y entusiasmo pregunta Ignacio por el *ganao*, del que le van dando minuciosos detalles, que él recoge efusivo y contento, como si fueran datos para organizar una verbena.

Al observar nosotros esto, nos dice un amigo:

—Para que juzgue usted como él ve el toreo, el año pasado le regaló un capote de paseo a mistres Vanderbilt con esta dedicatoria, escrita en la esclavina: “Conserve, señora, este capotillo como recuerdo de nuestras peligrosas diversiones.”

Empieza a llenarse la habitación de amigos, y cumplida nuestra misión nos retiramos, estrechando fuertemente la mano del torero “vencedor de la muerte”.

J. SÁNCHEZ MORENO.





**COLECCIÓN DE
LA NOVELA
DE AMOR**

Ilustraciones
del incomparable dibujante
E. REYES



Precio de
cada tomo
25 cts.

Núm. 1
EL ÚLTIMO CAPRICHIO
por Tomás PRIETO

Núm. 2
EL MILAGRO DE LA ZÍNGARA
por Pedro NIMIO

Núm. 3
UNA NOVELA BLANCA
«Cuento Inmoral»
por L. CAPDEVILA

Núm. 4
EL REFUGIO DE LA ESQUINA
por A. MAQUÍA

Núm. 5
**¡PORQUE ERA NEGRO
LO DESPRECIABA!**
por Santiago IBERO

Núm. 6
**UNA MUJER «JAMÓN
SERRANO»**
por J. SÁNCHEZ MORENO

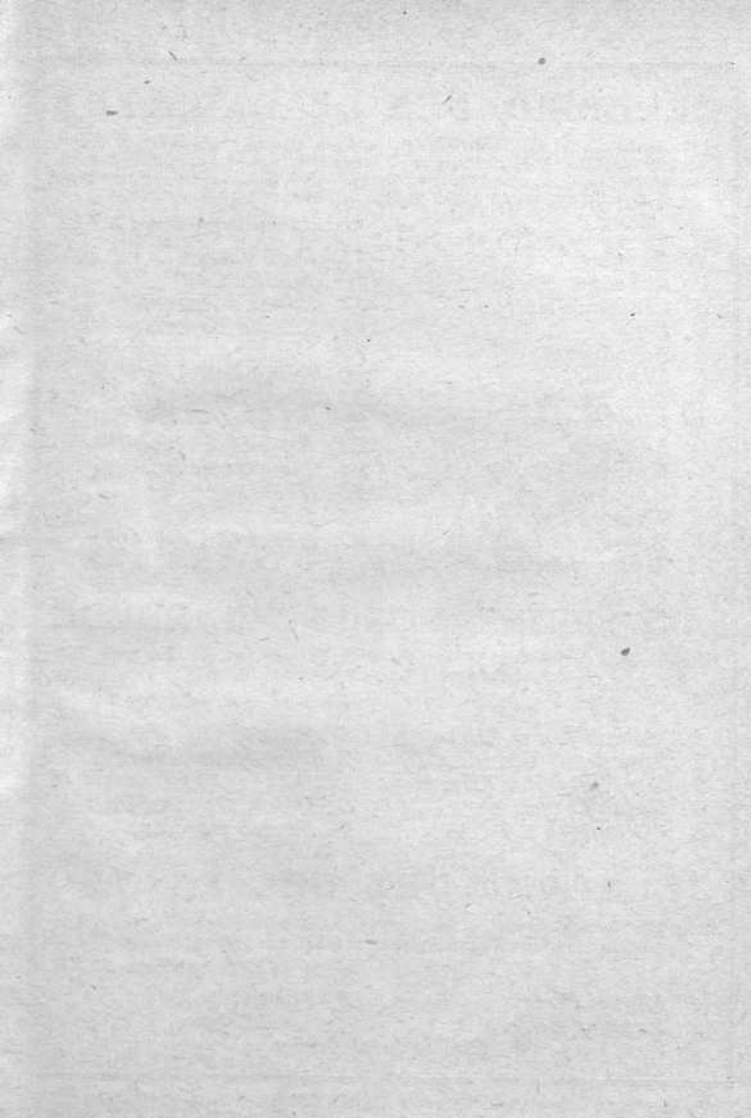
Núm. 7
SE CEDE UNA ALCOBA, CON...
por Adolfo SÁNCHEZ CARRERE

Núm. 8
LA MUJER LLAVE
por Antonio GRACIANI

Núm. 9
IDILIO EN LA PLAYA
por TON BLITZ

Núm. 10
EL PREMIO DEL PECADO
por DELFÍN VILLAN

Pedidos a **BIBLIOTECA FILMS**
VALENCIA, 254 - BARCELONA



CELEBRIDADES DE VARIETÉS

Preciosa colección de los artistas de más nombre en este género artístico. Contiene su biografía, anécdotas y creaciones: cuplés, tonadillas, canciones, chistes, colmos, cuentos, historietas. Con cada librito se obsequia a los lectores con una postal firmada por cada artista.

Precio de cada volumen: 30 cts.

- | | |
|----------------------------|-------------------------------|
| 1 <i>Ramper</i> | 15 <i>Rico y Alex</i> |
| 2 <i>Mercedes Serós</i> | 16 <i>Adelita Lulú</i> |
| 3 <i>Elvira de Amaya</i> | 17 <i>Imperio Argentina</i> |
| 4 <i>Lepe</i> | 18 <i>Luisita Esteso</i> |
| 5 <i>Argentinita</i> | 19 <i>Balder</i> |
| 6 <i>Chelito</i> | 20 <i>Olimpia d'Avigny</i> |
| 7 <i>Luis Esteso</i> | 21 <i>Mary Isaura</i> |
| 8 <i>Pilar Alonso</i> | 22 <i>Moreno?</i> |
| 9 <i>La Goya</i> | 23 <i>Dora la Cordobesita</i> |
| 10 <i>Casimiro Ortas</i> | 24 <i>Lucinda de la Torre</i> |
| 11 <i>Spaventa</i> | 25 <i>Toresky</i> |
| 12 <i>Pastora Imperio</i> | 26 <i>Isabelita Ruiz</i> |
| 13 <i>Amalia de Isaura</i> | 27 <i>Sánchez Carrere</i> |
| 14 <i>Lolita Méndez</i> | |

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

Biografías documentadas de los diestros de más nombre. En cada libro exijase la postal firmada por cada torero.

Precio de cada volumen: 30 cts.

- | | |
|-----------------------------------|-------------------------------|
| 1 <i>Manuel Báez «Litri»</i> | 6 <i>Nicanor Villalta</i> |
| 2 <i>Juan Anlló (Nacional II)</i> | 7 <i>Victoriano Roger</i> |
| 3 <i>Juan Belmonte García</i> | (Valencia II) |
| 4 <i>Pablo Lalanda</i> | 8 <i>Rafael Gomez (Gallo)</i> |
| 5 <i>«Gitanillo»</i> | 9 <i>Fausto Barajas</i> |

CELEBRIDADES DEL TEATRO

Biografías y anécdotas de las figuras culminantes de la escena patria. Con cada librito va una postal firmada por el biografiado.

Precio de cada volumen: 30 cts.

- | | |
|----------------------------|--------------------------|
| 1 <i>Miguel Fleta</i> | 3 <i>Margarita Xirgu</i> |
| 2 <i>Enrique Borrás</i> | 4 <i>Cora Raga</i> |
| 5 <i>Emilio Sagi-Barba</i> | |

21729



